



REZAD
60 MINUTOS
ANTES DE MORIR

Aguanta la respiración, no llores, no grites...

DIEGO G. ANDREU

La muchacha abrió los ojos aturdida. Cuando tomó consciencia de la realidad descubrió aterrada que se hallaba atrapada dentro de un ataúd de madera. ¿Había sido enterrada viva?

Mientras lucha por su vida, Noa, Aitor y su hijo Guillermo viajan hasta Bicorp para pasar unas fantásticas vacaciones en una casa de campo aislada en el monte.

Emilio, el propietario de la casa, parece el perfecto arrendador, una persona atenta, amable y servicial. Sin embargo, toda esa falsa cordialidad oculta las verdaderas intenciones de Emilio.

Una novela de suspense donde cualquier cosa puede ocurrir y te mantendrá enganchado hasta averiguar el sorprendente desenlace.

IX

ANIVERSARIO

EDICIÓN CONMEMORATIVA



MÁS LIBROS, MÁS LIBRES



*Para Sara, Mar, Victoria, Alejandro, Pablo, Claudia y Elia,
esos pequeños diablillos que me traen la felicidad.*

1

30 de julio de 2016, 22:35 horas.

Sus ojos se abrieron con pesadez, parpadeó aturdida sin saber muy bien qué había ocurrido y trató de recordar más allá de su estado de inconsciencia. En esa dirección solo halló una nebulosa con retazos de recuerdos confusos, como si al libro de su memoria le hubiesen intercalado todas sus páginas. El orden de los acontecimientos no tenía ningún sentido para ella.

Jadeó. Sus párpados lograron abrirse por completo, pero asustada, contempló cómo la oscuridad, densa e inalterable, inundaba sus ojos y se extendía mucho más allá de donde su vista podía alcanzar. Sintió una inquietud que escarbaba en lo más profundo de su razón, pues no lograba evocar ningún recuerdo que no se difuminara en el aire como vapor de agua. ¿Cómo se llamaba? Sorprendida, su nombre acudió tan rápido como la caballería.

Se llamaba Elena.

Sintió un nudo en la garganta. ¿Y su apellido? Un opresivo alivio la embargó cuando las sílabas, flotando aleatoriamente en la oscuridad de su mente, formaron con precisión una palabra:

Bayona.

Su nombre era Elena Bayona.

Giró el cuello hacia un lado. Lo sintió agarrotado y una intensa punzada ahondó entre sus cervicales. En esa dirección, halló más de lo mismo. Oscuridad asfixiante. ¿Se había quedado ciega? ¿O quizá ya lo era? No, podía recordar la luminosidad de los colores, también caras borrosas

que no identificaba, pero que en algún momento de su vida había contemplado con sus ojos. Un fuerte olor a tierra húmeda se coló como una pútrida brisa por su nariz. Sintió una arcada, porque de forma repentina, recordó que odiaba las lombrices de tierra, enormes y viscosas, de un color plomizo y la forma repulsiva en que retorcían sus cuerpos. Y ese detestable olor le recordaba a ellas.

Asustada, trató de mover sus brazos. Sus codos chocaron contra algo. Sonó hueco, con un eco estremecedor. Alzó las manos hacia arriba. Una superficie rígida se interponía en su camino antes de poder extender por completo sus brazos. Los latidos de su corazón se acrecentaron. Palpó aterrorizada aquel extraño y áspero techo que reposaba sobre ella.

Madera. Era madera. Una astilla, en el fervor de la búsqueda, se clavó en su dedo índice. Sintió un aguijonazo doloroso, pero la ansiedad que por momentos se estaba adueñando de ella le permitió seguir experimentando con el espacio que la rodeaba, soportando el punzante dolor que provocaba un incómodo palpar en la yema de su dedo herido. Movié los pies airosamente. Golpearon lo que parecían tablas. Una macabra idea comenzó a formarse en su mente, una sospecha que por el momento su mente se negaba a aceptar.

Chilló, gritó hasta que sus pulmones se vaciaron. Palpó desesperada los laterales, el suelo, el techo. Era una caja, una caja de madera. Estaba en el interior de una caja de madera. Un escalofrío se formó en la boca de su estómago y avanzó por su columna vertebral.

La sospecha que rondaba por su cabeza se vistió de carne, músculos y huesos. Estaba dentro de un ataúd de madera.

Entonces comprendió la terrible realidad. La habían enterrado viva.

Golpeó la parte superior tan fuerte como la amplitud del receptáculo se lo permitió. Arañó la madera y se partió

una uña en el intento. Pidió ayuda, la gritó hasta quebrarse la voz. En su desesperación más absoluta, los recuerdos, antes ocultos, se volcaron sobre ella como un instinto primigenio por la supervivencia.

Terroríficos, insostenibles, inacabables, sin embargo, confusos.

Gritó más fuerte, fuera de sí, mientras el llanto ahogaba su voz.

La luz de la luna llena permitía ver un terreno plano entre prominentes árboles, cubierto de hojarasca y ramas de pinos, y si se agudizaba mucho la vista, se podía apreciar cómo una pequeña porción de tierra había sido removida y disimulada con destreza. Por lo demás, todo era silencio.

2

1 de agosto de 2016.

El viaje, aunque solo duraba poco más de una hora, le había puesto un amargo dolor de cabeza, apagado y soportable, pero que había enturbiado su sentido del humor. Noa destensó su cinturón de seguridad, apoyó el codo en la ventanilla del coche y sujetó con la palma de la mano su frente. Contempló con indiferencia el verdoso paisaje. Ahora que las sienes le palpitaban al son de su corazón, le parecía de lo más repetitivo. La carretera serpenteante, que se extendía a lo largo de todos los pueblos que fueron dejando atrás, estaba flanqueada por muros de pinos tan elevados que en ocasiones se curvaban formando una caverna de ramas enmarañadas. Cuando no, coronado el horizonte por una inmensa cordillera cubierta de una costra verde, extensos campos de cultivo y de naranjos sembraban la tierra hasta donde alcanzaba la vista.

Noa suspiró. Hacía tiempo que mantenía un silencio embelesado, sin prestar atención a la absurda conversación que mantenía Guillermo con su padre sobre cómo sobrevivir a una hipotética invasión alienígena.

—¿No se te pasa el dolor de cabeza?

Aitor, que debía mantener toda su atención en las endiabladas curvas, tuvo que repetir la pregunta dos veces.

—Oh, perdona, cariño, no te había escuchado. No, aún sigue ahí. No es muy fuerte, pero es muy molesto. Seguramente serán las curvas, o el calor.

Aitor miró la temperatura exterior en el panel del Honda Civic.

–38 grados. Madre mía, hacia el interior todavía hace más calor. Lo más probable es que el cambio tan brusco de temperatura te haya afectado. –En una recta de la carretera la miró y sonrió–. Será cuestión de acostumbrarnos.

–¡Mamá! ¿Dónde te esconderías tú?

El grito de Guillermo desde atrás, casi en sus oídos, penetró en su cerebro causándole una punzada de dolor.

–No grites, cariño, por favor. Vas a hacer que me explote la cabeza.

El sol abrasador asomó entre un claro del ramaje de los árboles. Aitor redujo la velocidad y tomó una curva cerrada a la derecha. A pocos metros, le esperaba otra a la izquierda.

–Lo siento, mamá. Venga, dime, ¿dónde te esconderías si nos invadieran los extraterrestres?

Noa sonrió. Su hijo siempre lograba sacar todo lo positivo en ella.

–Pues no sé. ¿En las alcantarillas?

–¿En las alcantarillas, mamá? –repitió Guillermo riéndose–. ¿Y cómo levantarías la tapa de la alcantarilla para meterte dentro?

–Oye, Guille, no es tan mala idea –intervino Aitor–. Con una palanca se pueden abrir fácilmente. Allí abajo seguro que no nos descubrirían.

El pequeño río estrepitosamente.

–Mamá, qué ideas tienes. Las alcantarillas están llenas de ratas y cucarachas, es asqueroso.

–Oye, y qué prefieres: ¿estar rodeado de esos bichos o que se te coman los marcianos?

–Hum...

–¿Ves? No sabes qué decir. Eso demuestra que mi respuesta es tan válida como la tuya.

La carretera dejaba atrás una larga recta y se adentraba en un puerto de montaña. Aitor tuvo que reducir a segunda para poder tomar una curva ascendente en forma de U.

–¡Agarraos bien! –gritó riendo.

Sus cuerpos viraron hacia la izquierda. Guillermo gritó y aplaudió en cuanto el coche se enderezó y sus manos cesaron de aferrarse al asiento. Le encantaban las curvas cerradas, en realidad, todo lo que tuviese que ver con esa sensación de vértigo que nace en la boca del estómago.

–¡Más, papá, más!

El coche siguió el ascenso por la montaña. Tuvo que poner una marcha corta para que el motor no se ahogara. Este lanzó un rugido lastimero.

–No te preocupes, me parece que ahora vienen unas cuantas de estas.

Continuando el camino hacia los cielos, afrontaron cuatro curvas más que hicieron las delicias del pequeño. Noa, quizá por la tensión del vaivén, notó una ligera mejoría en su dolor de cabeza. Rio cuando escuchó a su hijo estallar en una carcajada de júbilo. Eso era buena señal, sentía que volvía a ser ella misma. La carretera se había estrechado hasta el punto de que dos coches cabrían muy justos, y además, el arcén era inexistente. Si sacaran un brazo por la ventanilla, podrían tocar sin problemas los arbustos que custodiaban el flanco de la carretera.

De pronto, Aitor hizo algo inesperado. Desconectó el volumen de la radio y bajó su ventanilla hasta abajo. El calor del exterior penetró como una llamarada de fuego, consumiendo todo el aire fresco del aire acondicionado. Hizo un ademán con la mano para que se callaran.

–¿Escucháis?

–¿El qué, papá?

–El sonido del monte, la tranquilidad que habita en estos parajes.

Las chicharras, abrasadas por el sol, chirriaban enloquecidas. Solo el ruido del motor entorpecía su cántico incesante. Guillermo se preguntó qué aspecto tendría una chicharra. Se la imaginaba como una cucaracha, pero más grande. Se propuso cazar una a toda costa y su imaginati-

va mente ya había definido un buen número de planes para ella.

–Sube la ventanilla, Aitor. Hace un calor de mil demonios –solicitó Noa–. ¿O es que quieres que la cabeza me estalle?

–Oh, perdón, cariño, perdón.

Aitor se dispuso a subir la ventanilla, pero se vio sorprendido cuando una avispa enrabiada la cruzó hasta posarse sobre el techo. Por un segundo Aitor titubeó con el volante y el coche se zarandeó sobre la carretera invadiendo el carril contrario. Afortunadamente no venía ningún coche de frente y pudo rectificar a tiempo. Pulsó el elevavinas eléctrico y el cristal subió con un zumbido.

Noa, aunque pareciese extraño, no gritó, se limitó a observarla a pocos centímetros de su cabeza. Guillermo tampoco lo hizo. Examinó la avispa posada sobre la tela del techo, girando sobre sus patas, inspeccionando el extraño lugar donde se había metido por accidente. Sus colores negro y amarillo le llamaron la atención. Era hermosa, pero intimidante. Jamás le había picado una. ¿Sería doloroso? Sin apartar la mirada del insecto, una duda le asaltó.

–Papá, ¿cuál es la que muere cuando te pica, la avispa o la abeja?

Aitor cogió con fuerza el volante y levantó ligeramente el pie del acelerador.

–La abeja, hijo. La avispa puede morderte todas las veces que quiera y seguirá vivita y coleando –contestó mirando a Guillermo por el espejo retrovisor.

–Ah...

La avispa pareció verse aludida e inició un corto vuelo por encima de la cabeza de Noa hacia su ventanilla. Allí se posó con suavidad. Posiblemente habría visto una salida, una oportunidad de corregir su terrible error, pero una lámina transparente se lo impedía. La palpó con sus antenas tratando de comprender aquella extraña barrera.

Noa la observó con desdén y de un movimiento rápido la aplastó contra el cristal de un manotazo. El brusco sonido hizo dar un respingo a Guillermo en su asiento. El pequeño cuerpo del insecto se convirtió en una masa viscosa y repulsiva que se quedó adherida, parte en el cristal, parte en la mano de Noa. En silencio, se agachó, cogió un pañuelo de papel del bolso que tenía entre los pies y limpió, primero su mano y luego el cristal. Bajó la ventanilla unos cinco centímetros y lo lanzó por la abertura. Se giró hacia Aitor.

–Cariño, no vuelvas a bajar la ventanilla.

Aitor respondió con un preventivo silencio. Con un movimiento rápido de ojos, observó por el espejo retrovisor cómo la bola de papel rebotaba sobre la calzada hasta detenerse en la mediana de la carretera.

Las enrevesadas curvas que escalaban la montaña habían llegado a su fin. Ahora la carretera, mucho más dócil, continuaba a casi trescientos metros por encima del nivel del mar. Aitor, de pronto, se sintió inquieto.

–¿Habremos seguido bien el camino? Me parece extraño no haber visto ningún cartel indicando el pueblo.

Noa miró en su teléfono móvil la ruta.

–Según el mapa vamos bien.

–Joder, no entiendo por qué no señalan las cosas como Dios manda.

–¡Papá, has dicho un taco!

–Lo siento, hijo. Quería decir jolín.

–Aquí pone que el último pueblo lo hemos pasado ya. Debería ser el siguiente –advirtió Noa.

–Ya veremos...

El Honda Civic continuaba su avance. Las curvas volvían a retorcer la carretera y los pinos, cada vez más abundantes, daban la sensación de querer asfixiar el rugido del motor. Aitor endureció su expresión. El hombre que alquilaba la casa les estaba esperando a la entrada del pueblo, y si se habían perdido, deberían dar media vuelta y volver

hasta el último pueblo por el que habían pasado, porque por allí ni había intersecciones de otras carreteras ni placas indicativas. Si eso ocurría, tardarían al menos veinte minutos más en llegar más lo que les costase encontrar la carretera correcta. Decidió pensar en positivo. Si llegaba ese momento, al menos allí habría algún ser vivo a quien preguntar.

Aitor redujo a tercera para tomar una curva cerrada. La torsión de esta no les permitía ver el carril contrario, que quedaba oculto por el pinar. De pronto apareció un tractor a poca velocidad en sentido contrario. Un hombre mayor lo conducía y miró con desvergüenza hacia el Honda tratando de identificar al conductor. La verdad era que para ellos había sido un consuelo cruzarse con un ser humano, porque por momentos crecía la sensación de ser los únicos habitantes de aquellas tierras.

–Bueno, por lo menos no estamos solos –dijo Aitor con tono burlón. Luego carraspeó–. Yo voto por avanzar un par de kilómetros más, y si no vemos ninguna indicación damos la vuelta hasta el último pueblo.

–Me parece bien –lo apoyó Noa–. No entiendo cómo pueden hacer las cosas tan mal.

–Te prometo que cuando regresemos a casa lo primero que haré será comprar un GPS, y de los más caros.

Noa esbozó una sonrisa desprovista de interés. No le hacía ninguna gracia la situación. Se giró hacia Guillermo, hacía tiempo que estaba callado.

–¿Estás bien, cariño?

–Sí, estaba pensando en mis cosas.

Para Guillermo, haberse perdido era algo que le traía sin cuidado. Lo único que rondaba por su cabeza era la deliciosa forma en que su madre había aplastado a esa avispa.

El camino se había convertido de cautivador a preocupante, sin embargo, después de todo, parecía que las cosas no iban a salir del todo mal. Tras recorrer aproximada-

mente un kilómetro, en la lejanía se podía vislumbrar un cartel señalizador. El sol reflejaba en la placa metálica e impedía leer el mensaje.

–Mira, ahí pone algo –dijo Aitor emocionado señalando con la mano.

Aitor levantó el pie del acelerador. Ante todo, quería tener tiempo de leer sin prisas aquella placa que aparecía como por arte de magia en el momento más oportuno. En segundos recortaron la distancia y la señal aumentó de tamaño. Las sonrisas se dibujaron alegres en sus rostros. El oxidado letrero rezaba «Bicorp 3 Km».

–¡Bien! –gritó Aitor–. Ya me estaba temiendo lo peor. Creo que no hubiera tenido fuerzas para conducir de nuevo en dirección contraria. ¡Gracias, Dios mío, gracias!

–¿Qué pasa, papá?

Guillermo también quería participar del repentino júbilo de sus padres.

–Ya llegamos, hijo. ¡Por fin! Ha costado, pero lo bueno, tarde o temprano, siempre llega. Prepárate para unas vacaciones que no olvidarás.

La carretera en pendiente permitía contemplar el pequeño pueblo construido sobre una colina, acordonado de forma acogedora por una foresta de pinos y terrenos agrícolas sembrados de olivos y almendros. Un río lo atravesaba de este a oeste y sus casas lo circundaban formando un anillo irregular donde destacaba por encima de todas la torre de la iglesia. A primera vista parecía reformada recientemente.

–Oh, qué bonito, parece más pequeño de lo que imaginaba –comentó Noa alzando el cuello para tener una mejor perspectiva por la luna delantera del Honda.

–Claro que es pequeño, no llega a los quinientos habitantes. Oye, ¿cómo se llamaba el hombre de la casa?

–Emilio. Me dijo que nos esperaba en la única rotonda que hay a la entrada del pueblo.

–Perfecto. –Aitor consultó la hora en el panel del coche—. Son las 12:10. Al final hemos llegado a la hora prevista.

Noa no contestó. Se echó hacia delante, se desabrochó el sujetador y se lo quitó tirando de él por debajo de la holgada blusa. Lo plegó con sumo cuidado y lo guardó en su bolso. Aitor la miró de soslayo, pero no dijo nada. En esos momentos, el silencio era lo más prudente. Redujo la velocidad y envió una mirada furtiva hacia su mujer. Desde su posición, por encima del amplio escote, podía ver con todo lujo de detalles el contorno de sus turgentes pechos, exquisitos, voluptuosos. Aitor clavó de nuevo la vista al frente para evitar una repentina erección. Lo último que deseaba era presentarse ante ese tal Emilio con un bulto entre las piernas.

La carretera, cercada por un bajo muro de piedras, llegaba a su fin. El pueblo se abría acogedor ante ellos a unos doscientos metros, y tal y como había dicho Emilio, lo primero que les daba la bienvenida era una discreta rotonda. A la izquierda de esta, un diminuto puente vallado cruzaba el río y la carretera continuaba el ascenso rodeando el pueblo hacia no sabían dónde. Frente a la rotonda se encontraban las primeras casas del pueblo, el Centro de Salud y lo que debía de ser la calle principal, aunque su tamaño resultaba escaso. Adentrándose por ella, a pocos metros había un bar con las mesas de la terraza ocupando despreocupadamente una buena porción de la calzada. La sombra que proporcionaban un grupo de frondosos álamos blancos permitía a algunos lugareños disfrutar de un aperitivo.

En un lado de la rotonda había un hombre de pie mirando con insistencia en su dirección. Con su mano derecha, a modo de visera, se cubría del sol deslumbrante. Un Toyota Land Cruiser gris plata estaba aparcado a la dere-